

Diario ilustrado de un lector contemporáneo

JOSÉ ANTONIO MILLÁN

Empezaré parafraseando a Montaigne [1580: LXV]: seré yo mismo el objeto de estas páginas.

La lectura es un acto íntimo y personal que sólo lateralmente se puede deducir de movimientos de libros por las librerías o de movimientos por la Red. Tampoco se puede reconstruir plenamente a partir de encuestas y estadísticas. Habría que saber, al final, qué ocurre en la soledad del encuentro entre la palabra escrita y la mente del lector. Por esa razón, me ofrezco como conejillo de indias: desvelaré mis intimidades lectoras y no ocultaré ningún dato o circunstancias, por vergonzosas que me puedan parecer.

Me presento, pues: soy lector desde hace muchos años, desde siempre. Digamos que soy un lector voraz y que, como mucha gente, leo por tres motivos: por razones profesionales, por informarme de cuestiones generales y por placer. Y, naturalmente, hay múltiples entrecruzamientos entre estas tres categorías.

La lectura *profesional* no puede evitarla nadie que esté en el mundo de trabajo con un cierto nivel de cualificación (cosa que, en este país de camareros, empieza a ser complicada). El médico, el *chef* de cocina, el abogado, el empleado de banca, el funcionario, todos practican lecturas que les ayudan a ampliar sus perspectivas profesionales, y eventualmente a promocionarse. Éstas se combinan con la lectura de *noticias* para «saber qué pasa». Por último, en el mundo actual hay multitud de otras lecturas propias de nuestra «profesión» de ciudadanos [Cassany 2008]: la lectura de un contrato de arrendamiento o de las condiciones de uso de un iPhone.

Por último, la lectura de *placer*, de ocio, para distracción o para conciliar el sueño, es un capítulo importante, tanto que amenaza con convertirse (para las encuestas y los medios de comunicación) en «la lectura» por antonomasia, abusivamente identificada como lectura de novelas.

Para responder a las demandas de estas tres categorías de intereses hay muchas informaciones que no vienen por vía del texto: existen multitud de videos de formación, programas audiovisuales documentales o de

entretenimiento, ficción fílmica, aplicaciones móviles... Hay consenso en que estas formas se están comiendo el tiempo que antes se destinaba a las distintas lecturas. Pero iba a hablar sobre mí: quizás por mi edad o mi formación libresca, tiendo a utilizar más textos que medios audiovisuales. He probado algún audiolibro, pero nunca me he enganchado con ellos. Y si quiero aprender a configurar la privacidad de Windows 10 no veré un video sobre el tema, sino que leeré un artículo. Un rastreo lector, aunque sea en diagonal, me resulta mucho más rápido que esperar a que el video me presente lo que busco. Confieso sin embargo que las películas, sean series o no, de ficción o documentales, han empezado a comer notables porciones del tiempo que antes dedicaba a la lectura «de ocio».

Tengo que añadir que en cualquiera de estas tres categorías leo indistintamente en español, catalán, inglés o francés. No quiere decir que domine estas cuatro lenguas (¡ojalá!), pero sí que en ellas tengo una competencia lectora suficiente. La lectura en lenguas no españolas empieza a ocupar un puesto importante entre nosotros (véase Recuadro 3 y, para los niños, R5). Además, en el terreno de mis lecturas de placer, y por supuesto de las profesionales, leo obras escritas en los últimos cuatro o cinco siglos. Sí: el ciudadano contemporáneo puede desplegar sus tentáculos lectores en el tiempo y en el espacio.

También para cualquiera de los tres fines se abre una nueva dicotomía: lectura en papel o lectura en pantalla... Y aquí la cosa se complica notablemente.

Lectura de noticias

Utilizo mucho la red social Twitter, en la que sigo tanto a usuarios que escriben sobre actualidad como a otros que tuitean sobre mis temas profesionales. Al menos un par de veces en un día normal invierto quince o veinte minutos en ver qué me proponen. Suele decirse por ahí que Twitter es el reino de la superficialidad, porque, ¿qué puede caber en 140 caracteres? La respuesta es muy clara: cabe un enlace a una página web y un breve comentario. Y créanme; puede ser mucho y muy bueno, siempre y cuando uno siga a la gente indicada.

Una primera consecuencia de espigar en mi Twitter es que me llegan inmediatamente las noticias generales («periodísticas»). Con algunas me basta leer su enunciado en el propio tuit. Para otras hago clic y, si la noticia es breve, la leo, íntegra o en diagonal. Si es más extensa, la almaceno en Instapaper

(inmediatamente contare qué es). Accedo a Twitter desde mi ordenador, desde la tableta o desde el móvil. Los tres me sirven para revisar lo que me interesa, pero en el *smartphone* me da más pereza leer algo que no sea muy corto.

También accedo a las noticias a través de las aplicaciones de los periódicos para móvil o tableta, y muchísimo menos a partir de la portada de su web. En ciertos medios me he registrado para que me envíen un boletín diario por correo electrónico, y por fin a otros me he suscrito para apoyar su línea editorial o evitar la molesta publicidad que tienen en línea. El problema de este acceso atomizado a las noticias es que puedo acabar por no saber dónde he leído qué, de la docena larga de fuentes nacionales y extranjeras en las que picoteo. En eso parece que soy igual a otra mucha gente [Moses 2016]. La tendencia creciente es que la unidad de acceso no sea ya el medio, sino la propia noticia: ¡hasta la Newspaper Association of America se ha reconvertido en News Media Alliance [Rutenberg 2016]!

R1

El País, uno de los diarios más leídos de España, es una buena muestra de los actuales hábitos de lectura de noticias. Un 20 % de los lectores de la versión digital llegan a través de las redes sociales (Facebook, Twitter...). Un 30 %, a través de los buscadores (sobre todo Google), y el resto por la portada, directamente a un artículo, o por medio de la aplicación móvil.

El 50 % se lee en teléfonos, el 10 % en tabletas y el 40 % en el ordenador. Los lectores que llegan por las redes normalmente salen del diario apenas han leído lo que quieren y tienen el menor tiempo de lectura: media de un minuto.

Entre semana, el primer pico de tráfico llega a las 9:00 de la mañana, dos horas antes empiezan a subir los accesos desde dispositivos móviles. Hay una pequeña caída al final de la jornada laboral. Remonta hacia las 23:00, cuando el tráfico móvil tiene la mayor aportación, y puede llegar a ser la más alta del día.

En fin de semana, el pico de tráfico y el despertar de los dispositivos móviles comienzan dos horas más tarde. A partir de ahí, los accesos caen, y empiezan a remontar al final de la tarde, especialmente los domingos. [Castellanos 2016]

¿Y en papel? La respuesta es curiosa: prácticamente sólo leo el periódico en vacaciones. Quizás por atavismo, en época de relajo me apetece desayunar hojeando un diario «de verdad». Otra oportunidad, más aleatoria, me la deparan los bares que compran diarios para sus clientes, algunos de ellos con una oferta espectacular de cabeceras de distintos posicionamientos políticos (ejem: no quisiera que este comentario tuviera el efecto indeseado de provocar la implantación de un canon a los bares que facilitan prensa...).

Y aquí confesaré algo tal vez vergonzoso... Me he sorprendido a veces relejendo en papel algo que un par de horas atrás había leído digitalmente, para descubrir sólo al final que era lo mismo. Quienes trabajamos en el mundo editorial sabemos que la tipografía y jerarquización de los textos influyen decisivamente en su recepción.

R2

Kiosko y + es un servicio de suscripción digital a 450 periódicos y revistas, que permite leerlas con la misma puesta en página que el papel. Sus datos de enero-septiembre del 2016, basados en más de 300 000 lectores españoles, indican que casi tres cuartas partes de sus usuarios son hombres, y el grupo de edad entre 36 y 45 años supone casi el 45 % del total (Gráfico 1, en el Apéndice web). Estos lectores no sólo disponen de tabletas y *smartphones*, sino que los cambian con frecuencia: Kiosko y + ha registrado más de dos millones de dispositivos en los últimos cuatro años.

La aplicación es accesible por tableta (la más usada globalmente) o por Web. Por horas, ambas experimentan un pico a primeras horas de la mañana y a partir de ahí la Web va disminuyendo y la tableta experimenta repuntes después de comer y hacia medianoche (Gráfico 2, en el Apéndice web). En fin de semana sube el uso de la aplicación de tableta y baja la de Web (Gráfico 3, en el Apéndice web). [Alonso Aranegui 2016]

De modo que ahí estoy, a las 10 de la mañana revisando mi línea de Twitter. La tarea básica es cribar, pero también tuiteo y retuiteo sobre la marcha; es decir: pongo a disposición de mis seguidores los enlaces, en mi caso básicamente profesionales, que creo que les pueden interesar [Millán 2010-16]. Éste es el aspecto llamado «social» de la lectura digital. Pero la lectura siempre ha sido «social». Como demuestran los trabajos con paneles de usuarios hechos en el marco de estos Informes [Contreras 2002 y 2008], los lectores siempre han compartido sus libros, los han prestado, los han recomendado y los han regalado. No soy usuario de los recursos sociales internos de las aplicaciones de lectura (compartir subrayados, hacer comentarios...), pero recomiendo fervientemente lo que me ha gustado, a veces en Twitter y mucho en mi círculo de amigos, y también escucho atentamente sus recomendaciones.

Guardar para el futuro

Para guardar los artículos que me interesan uso Instapaper, que me permite leerlos luego *off line* —es decir, sin conexión de datos— y conservarlos

clasificadas por temas. Un botón en mi navegador o en la aplicación móvil me permite hacerlo rápidamente (hay comandos en navegadores e incluso en diarios [Guardian 2015] que hacen lo mismo, pero sólo para guardar aquello a lo que se accede desde ellos). Luego, cuando preveo que tendré un rato de lectura tranquila, por ejemplo por la noche, vuelvo, normalmente en la tableta, a esos textos que he salvado. La lectura en tableta al final del día parece ser el uso más extendido entre nosotros (véanse **R1** y **R2**).

Instapaper suprime los anuncios, y además puedo personalizar tipo y tamaño de letra. Por supuesto, una de las grandes bazas de los textos digitales, sobre todo para gente de mi edad, es poder aumentar el cuerpo del texto. Si se ha dicho, medio en broma medio en serio, que se puede trazar una historia de la cultura a través de las gafas [Mora 2014], sin duda su último capítulo es Ctrl + ruedecita del ratón, la forma estándar de aumentar el texto en la pantalla de los ordenadores.

Otra ventaja de Instapaper (así como de otras aplicaciones para lectura) es que permite acceder a un diccionario desde cualquier palabra que plantee dudas. Confieso que el acto de levantarme del sillón y dirigirme a la esquina de mi biblioteca donde se acumulan los diccionarios es cada vez más infrecuente...

Así pues, conservo numerosos artículos en Instapaper, y no todos para ser leídos en seguida: muchos tendrán que esperar el momento en que sean necesarios. Normalmente en caso de duda siempre guardo todo: la experiencia demuestra que muchas veces, cuando uno vuelve meses o años después a una dirección web que había guardado, la pieza en cuestión ha desaparecido.

Revistas leo con bastante frecuencia, y se podrían inscribir tanto en mi lectura «de ocio» como en la de información de actualidad. Tengo alguna suscripción que me permite, por el mismo precio, recibir la revista en papel y además leerla en una aplicación en la tableta. Leo revistas en papel también en la biblioteca pública de mi barrio. De hecho, es lo único que leo de los fondos de la biblioteca (parece que esa es una tendencia general entre usuarios españoles [Luque 2016]). Sin embargo, más de una vez uso sus agradables locales para concentrarme y leer cualquier cosa, incluyendo las que yo mismo traigo, o a las que accedo por su buen wifi. Por último, puedo comprarme también revistas en papel para algún viaje largo... si encuentro un kiosko. [Véase el capítulo de José Manuel Anta en este mismo Informe. N. del E.].

Mientras tanto, accedo también a muchos artículos de revistas a través de las personas a quienes sigo en Twitter. Los suelo guardar en Instapaper, y muchos de ellos son lo que los anglosajones llaman *longreads* o *long forms*, más largos que los tradicionales artículos de prensa, pero que se adaptan bien a un

medio —el digital— donde la extensión no es un problema. Su triunfo desde hace unos años demuestra que los largos tiempos de lectura no arredran a los lectores. Por cierto: algunos medios ofrecen una estimación de cuánto se tardará en leer lo que publican. Al último artículo que publiqué en la web de un diario (2000 palabras) le asignaron 8 minutos...

Libros en papel compro muchos. A veces se acumulan en grandes pilas, que los japoneses llaman *tsundoku* [Crow 2014], a la espera de que les llegue su hora. Puede ser que planeo investigar alguna cuestión, y entonces si se me cruza en una librería una obra que tenga que ver con ella la compro, aunque después me tenga que esperar unos añitos. La experiencia, de nuevo, me ha hecho desconfiado, y obras de editoriales pequeñas o raras prefiero comprarlas en cuanto me las encuentro, no vaya a ser... Compro también libros en papel de autores que admiro, o de cualquiera de mis temas favoritos en ediciones especialmente bellas.

Me gusta mucho visitar librerías, en España y en el extranjero, y soy comprador frecuente, aunque me controlo, no tanto por el precio como porque la gestión de millares de libros en papel se me ha convertido en un problema. Uso Amazon para pedir algunos libros extranjeros difíciles de conseguir. Y uso también Unilibrer para las obras agotadas hace años. Aunque visite con placer las librerías de viejo, eso siempre es buscar una aguja en un pajar, y las bases de datos de estos servicios de libros agotados son una bendición, aunque conviertan las bandadas de libros salvajes (en la metáfora de Virginia Woolf) en volúmenes domesticados.

Por último, me he nutrido alguna vez de zonas de *bookcrossing*: en el mercado de mi barrio hubo durante años (aunque lamentablemente ha desaparecido) unas estanterías en las que uno podía dejar o coger libros, y ahí he tenido algunos hallazgos excelentes. Practico también, activa y pasivamente, el *bookcrossing* informal de libros dejados cuidadosamente al lado del contenedor de basura.

En caso de poder elegir, para lecturas serias prefiero leer en papel. Ya las primeras experiencias con *e-readers* en España [Fernández y Millán 2011] comprobaron que la lectura de estudio y memorización se realiza mejor sobre el papel, y lo siguen corroborando datos de otros países [Robb 2015]. Las razones están a estas alturas bastante claras, y Ferris Jabr (autor de un artículo titulado elocuentemente «Por qué el cerebro prefiere el papel») las resume muy bien [2013].

Lecturas digitales

Y, claro, soy lector habitual de libros en versión digital, tanto en la lectura por placer como en la profesional. Tengo que señalar que mi lectura de ocio y relajación, de libros o de artículos, no es necesariamente de ficción. Cada uno se divierte como quiere, y en los últimos años he comprobado que me satisfacen mucho más los ensayos de temas históricos o científicos que las novelas.

R3

24symbols es un sistema por suscripción, que permite leer a elección entre un número grande de obras. El 56 % de sus usuarios son mujeres, que de media leen el doble de páginas que los hombres. La franja de edad 26-35 años (de ambos sexos) es la que más páginas lee por usuario, seguida por la de 51-65.

Romance y ficción contemporánea son los géneros más leídos. Un 6 % de los usuarios activos (los que abren al menos una página durante el último mes) leen en inglés, y el 2 % en catalán.

El número total de lectores por página disminuye a medida que avanza la obra. En otras palabras, es la medida del abandono de la lectura (Gráfico 4, en el Apéndice web) [Hidalgo 2016].

De todas formas, mi lectura de ficción ha experimentado un curioso rebrote digital, gracias al servicio de lectura por suscripción 24symbols. Por un pago mensual se accede a un notable conjunto de lecturas, sobre todo literarias, en varias lenguas y en régimen de *bufete* (¡todo lo que usted pueda comer!). El servicio ofrece la posibilidad de almacenar obras en la tableta para lectura *off line*, y eso fue lo primero que me convenció: poder aprovisionarme de libros para unas vacaciones sin acarrear papel, y sin preocuparme de la conexión a Internet.

Un efecto secundario, que me sorprendió, es que empecé a leer libros «de actualidad», de los que hablaba la gente o los suplementos de cultura. Antes me habría limitado a hojearlos en una librería, o a bajarme un capítulo en una web de recomendaciones, pero ahora podía encarar su lectura completa sin mayores gastos. Eso me llevó a un tipo de consumo de libros que había practicado poquísimos: su abandono. Por un prurito adquirido desde la niñez, los libros *había que acabarlos*. Pero con la suscripción por fin he podido dejar una obra empezada sin sentirme culpable. Y tengo que decir que unas cuantas lo merecían... Los servicios de lectura por suscripción podrán dar datos preciosos sobre el comportamiento real de los lectores (véase **R3**).

¿Cómo es mi lectura digital de placer? Puedo embeberme fácilmente en una novela o en un ensayo en la pantalla de mi tableta: si es absorbente, ni me daré cuenta de dónde la estoy leyendo. Sí que es cierto que la calidad de la conversión a archivo electrónico muchas veces es pobre, y que las depuradas convenciones tipográficas de los libros, desarrolladas durante siglos, se pueden ver afectadas por una adaptación defectuosa al medio digital. Pero en la alternativa entre no leer una obra y leerla con espaciados extraños y mala gestión de sus apartados, puedo escoger lo segundo.

Durante una época leí en un «libro electrónico» o *e-reader*, es decir en un dispositivo dedicado sólo a la lectura, que usaba la tecnología llamada «tinta electrónica», con una pantalla que no estaba iluminada por detrás sino que recibía luz de fuera —vamos, como el papel—. Aunque era satisfactorio, dejé de usarlo porque leer en una tableta era igual de cómodo (si uno graduaba el brillo de la pantalla, para no hacerse polvo los ojos), y con ella podía además leer el correo, navegar la Web, etc. ¡Y no iba a viajar con un *e-reader* más una tableta, más el teléfono, más un libro en papel por si acaso!

He leído mucho también en el teléfono móvil, y no precisamente en uno de los recientes, de pantallas grandes. Encontré desde que empecé a usarlo que era una buena alternativa a acarrear siempre un libro o un periódico. Como a todo lector voraz, la idea de quedarme sin lectura en un metro parado o en la sala de espera del dentista me aterraba. Empecé leyendo en el móvil incluso novelones de Galdós (y era divertido ver en la aplicación: «página 1589 de 5567»), pero pronto decidí que eso era excesivo. He descubierto, sin embargo, que autores amenos que escriben en párrafos cortos (y el caso arquetípico es el gran Kurt Vonnegut) son una lectura ideal en una pequeña pantalla. Y además parece que hoy en día en el mundo los que no pueden hacer otra cosa leen en el móvil [UNESCO 2014].

Leo muchos libros gratuitos de los que hay disponibles, libres de derechos, en la Web. Google Libros, un servicio de pésima interfaz, pero que contiene tantísimos libros, los proporciona directamente en pantalla (con texto que se puede buscar pero no copiar) o algunos libres de derechos como PDF, ese formato fijo que si se lee en una tableta obliga a mover el texto todo el rato. El Internet Archive los da además en el formato epub (que permite que el texto *fluya* y se adapte a la aplicación lectora). La Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes los tiene sobre todo en HTML, como páginas web. Pero cuando leo con propósitos de estudio o investigación, lo hago sobre todo en una pantalla de ordenador, que acoge sin problemas una página de artículo en PDF. Por cierto: un monitor grande y de buena resolución ayuda muchísimo a la lectura en el ordenador.

R4

La **Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes** ofrece abiertos en la Web clásicos de la literatura y humanidades españolas e hispanoamericanas, junto a estudios críticos y ensayos. Entre los que tienen un mayor número de páginas vistas desde España se cuentan obras obligatorias en el sistema escolar (como el *Lazarillo*), pero también otras que parecen lecturas de placer, como la novela de Blasco Ibáñez *Sangre y arena*. También son muy visitadas las obras infantiles en edición clásica, como *Ratón Pérez*.

Por tiempo de estancia en sus páginas (que puede orientar sobre el tiempo de lectura), el *Lucanor* tiene 300 segundos (=5 minutos) de media y el artículo de Larra «Vuelva usted mañana» más de 200 [BVMdC 2016].

La mayor maravilla del universo digital (en cualquiera de sus formatos) es la capacidad de encontrar textos que le interesan a uno, estén donde estén, a través de los buscadores generales, pero también de los buscadores internos de ciertos sitios muy ricos en obras, como la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (**R4**). Y por supuesto, la posibilidad de localizar algo en el interior de un texto. Puedo leerme de cabo a rabo el *Vocabulario de refranes* que Gonzalo de Correas compiló a principios del XVII, y lo he hecho con placer, pero buscar una palabra concreta instantáneamente con Ctrl+F me sigue pareciendo cosa de magia. Otro valioso servicio que prestan los textos electrónicos es la facilidad de copia, por ejemplo con propósitos de cita. Desde hace siglos la lectura ha sido la gran avenida de entrada a la escritura, y los textos digitales permiten un cómodo tránsito entre ambas (sí, pueden ayudar al plagio, pero bueno: también los atracadores de banco huyen en coches y no por ello vamos a prohibirlos...). En el universo de la Web, además, cada texto está en el centro de una red: cualquier palabra, nombre propio o título de obra presente en nuestras lecturas nos puede lanzar a una búsqueda potencialmente.

Libros digitales con derechos compro menos, entre otras razones porque muchos tienen control de copia o DRM, que muchas veces dificulta su apertura en el dispositivo. Además, como parte de una familia cuyos libros han transitado entre generaciones, me repugna la idea de comprar obras que con toda probabilidad no podré legar a mis hijos. Tampoco me seduce la idea de que, si quiebra la compañía fabricante de la aplicación de lectura, o la que ha vendido los libros en un formato no compatible con otras, me quedará sin ellos, sumido en la misma estupefacción con la que Don Quijote buscaba —y no hallaba— el aposento de lectura que le habían tapiado. No extraña que esté en aumento el número de ediciones digitales sin DRM [Bookwire 2016: 1.11].

A veces (y ya dije que estas páginas iban a contener confesiones) me descargo libros sin licencia —*piratas*—, pero con arreglo a una ética que he ido configurando a lo largo de los años, cuyas líneas generales dicen así: sólo libros inencontrables por otros medios. Baste añadir que a veces no es muy fácil saber si la edición de un libro o un artículo encontrado en la Web es legal o no. Y en el terreno de los artículos científicos parece que muchísima gente está leyéndolos sin pasar por los canales de pago [Bohannon 2016].

La acumulación de libros, recortes y fotocopias siempre ha creado un gran problema: saber dónde está qué. Incluso las personas más ordenadas se han visto enfrentadas al problema de guardar un libro determinado entre los de tema A o los de tema B, cuando era pertinente para ambos (por no hablar de las obras de gran tamaño, que deben forzosamente pasar al estante de los «grandes»). Pues bien, con los libros y artículos digitales *libres* (aquellos que uno puede guardar en su ordenador) hay soluciones: yo uso el programa gratuito Calibre, que me permite asignar a cualquier obra una, dos o más etiquetas (es decir: la puedo colocar simultáneamente en varios estantes virtuales), hacer búsquedas o cambiarlas de formato. El mantenimiento de la base de datos de Calibre es ciertamente un trabajo añadido, pero vale la pena. Esta gestión integral no puede extenderse a libros en la aplicación Kindle de Amazon, en iBooks de Apple, etc. Uno sólo posee de verdad los libros digitales desligados de una plataforma forzosa.

R5

Amazon es, en cuanto librería (porque es otras muchas cosas), el potente proveedor mundial de obras en papel y electrónicas. Su política de comunicación es comunicar poco, pero en un par de conversaciones dispersas han accedido a darme estos escasos datos. Los géneros más leídos son muy idiosincrásicos de cada país; así, los libros religiosos y de autoayuda, que en México están entre los más vendidos, en España no tienen especial relevancia. Entre nosotros (y coincidiendo con otros datos, véase **R3**) los géneros romántico y novela histórica son los más vendidos.

En papel, la mayor sorpresa ha sido el ascenso de los libros infantiles en lenguas extranjeras, lo que se puede interpretar como el intento de los padres de formar hijos políglotas [Amazon 2016]. Otras fuentes ofrecen información sobre frases subrayadas (y compartidas), que es una huella indirecta de los intereses de la lectura: en ficción [*El Huffpost* 2016] y autoayuda [Rubio Hancock 2016].

La era de la distracción

Voy a terminar con una cuestión delicada, que fue planteada por primera vez por Carr [2008]: la capacidad de buscar, enlazar y saltar de un texto a otro, ¿es en detrimento de las capacidades de lectura inmersiva e intensiva? (lo que Carr sintetizó con un exagerado «¿Google nos está volviendo estúpidos?»). Lamentablemente, después de décadas de lectura, investigación y escritura digital, tengo que convenir en que algo de eso hay... En mi caso, es posible que me haya habituado al refuerzo positivo de la inmediatez en encontrar conexiones (por ejemplo, el salto a Google para aclarar una referencia o buscar una ampliación), que hace que a su lado la progresión a través de decenas de páginas grises, aunque de contenido potencialmente excitante, parezca algo aburrido.

¿Qué podemos hacer? Básicamente podría ser una cuestión de autocontrol: no, no voy a seguir este enlace, aclarar esa duda, hasta que no termine. Los autores (y editores) de textos en papel saben que cuentan con el estado de «tranquilidad apaciguada» que otorga su soporte, estado «mucho más difícil de lograr cuando leemos en el medio digital» [Powers 2008]. Pero, ¡ay!, eso era antes: hoy, a pocos centímetros del volumen abierto o del diario desplegado acecha un teléfono móvil con 4G que en un abrir y cerrar de ojos nos va a permitir explorar esa referencia, resolver esta duda (tal vez ramificándonos a una nueva referencia, o a la duda de dentro de la duda) mientras el papel aguarda con su pálido rostro desencajado, esperando que volvamos a él más sabios, puede, pero también levemente fuera del estado de ánimo y de concentración previstos por el autor.

Referencias*

ALONSO ARANEGUI, Ramón, responsable para España de Kiosko y +, comunicación personal al autor, 2016.

AMAZON, comunicación personal al autor en los meses de julio y septiembre, 2016.

BOHANNON, John, «Who's downloading pirated papers? Everyone», en *Science*, 28 abril 2016 <<http://www.sciencemag.org/news/2016/04/whos-downloading-pirated-papers-everyone>>

* Las páginas web se han de entender visitadas en septiembre del 2016.

- BOOKWIRE, *Evolución del libro electrónico en América Latina y España. Informe 2016*, Bookwire-Dosdoce, 2016 <<http://www.dosdoce.com/2016/09/20/informe-la-evolucion-del-libro-electronico-america-latina-espana/>>
- BVMDC, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, comunicación personal al autor, 2016.
- CARR, Nicholas, «Is Google Making Us Stupid? What the Internet is doing to our brains», *The Atlantic*, julio-agosto 2008 <<http://www.theatlantic.com/magazine/archive/2008/07/is-google-making-us-stupid/306868/>>
- CASSANY, Daniel, «La lectura ciudadana», en Millán, coord., 2008 <<http://www.lalectura.es/2008/cassany.pdf>>
- CASTELLANOS, Guillermo, responsable de *El País Digital* (salvo Kiosko y +), comunicación personal al autor, 2016.
- CONTRERAS, Jesús, «La lectura y sus circunstancias», en Millán, coord., 2002.
- , «Leer en tiempos modernos: adolescentes y jóvenes profesionales frente a la lectura», en Millán, coord., 2008.
- CROW, Jonathan, «‘Tsundoku’, the Japanese Word for the New Books That Pile Up on Our Shelves, Should Enter the English Language», en *Open Culture*, 24 julio 2014 <<http://www.openculture.com/2014/07/tsundoku-should-enter-the-english-language.html>>
- EL HUFFPOST, «Las frases de libros más subrayadas en Kindle en España», *El Huffington Post*, 19 de abril 2016 <http://www.huffingtonpost.es/2016/04/19/libros-subrayados-espana_n_9721474.html>
- FERNÁNDEZ, Pura y MILLÁN, José Antonio, «Experiencia con préstamo de *e-books* en bibliotecas», Madrid: Obra Social de CajaMadrid, 2011 <<http://jamillan.com/librosybitios/2011/06/avance-de-e-book-biblioteca-y-lectura/>>
- GUARDIAN, «Introducing Save for later», *The Guardian*, 21 de julio 2015 <<https://www.theguardian.com/help/insideguardian/2015/jul/21/introducing-save-for-later>>
- HIDALGO, Justo, responsable de 24symbols, comunicación personal al autor, 2016.
- JABR, Ferris, «The Reading Brain in the Digital Age: The Science of Paper versus Screens», en *Scientific American*, 11 de abril 2013 <<https://www.scientificamerican.com/article/reading-paper-screens/>>
- LUQUE, Imanol, «Ningún libro entre los 50 artículos más prestados en las bibliotecas municipales de Madrid», en *El Mundo*, 5 de septiembre 2016 <<http://www.elmundo.es/madrid/2016/09/05/57bf41f922601da0398b45fc.html>>

- MILLÁN, José Antonio, coord., *La lectura en España. Informe 2002*, Madrid: Federación de Gremios de Editores de España, 2002.
- , coord., *La lectura en España. Informe 2008. Leer para aprender*, Madrid: Federación de Gremios de Editores de España y Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2008. Edición en línea en <<http://www.lalectura.es/2008/default.aspx>>
- , cuenta de Twitter, 2010-16 <<https://twitter.com/librosybitios>>
- MONTAIGNE, Michel de, *Ensayos*, París Garnier, 1580/1912; ed. digital en Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003 <<http://www.cervantesvirtual.com/obra/ensayos-de-montaigne—0/>>
- MORA, Vicente Luis, «Gafas», en *El blog de Vicente Luis Mora, El Boomeran(g)*, 23 marzo 2014 <<http://www.elboomeran.com/blog-post/1506/14766/vicente-luis-mora/56-gafas/>>
- MOSES, Lucia, «43 percent of social media users don't know where the stories they read originally appeared», en *Digiday.UK*, 13 mayo 2016 <<http://digiday.com/publishers/57-percent-readers-aware-brands-theyre-reading-social/>>
- POWERS, William, declaraciones citadas en «The ‘Secret Weapon’ of newspapers in the Digital Age? Paper!», en *Media Update*, 17 octubre 2008 <<http://www.mediaupdate.co.za/media/12762/the-secret-weapon-of-newspapers-in-the-digital-age-paper>>
- ROBB, Alice, «92 Percent of College Students Prefer Reading Print Books to E-Readers», en *New Republic*, 14 enero 2015 <<https://newrepublic.com/article/120765/naomi-barons-words-onscreen-fate-reading-digital-world>>
- RUBIO HANCOCK, Jaime y BUENO BALLESTEROS, Anabel, «Las frases más subrayadas de los libros de autoayuda en Kindle», en *El País, Verne*, 27 abril 2016 <http://verne.elpais.com/verne/2016/04/20/articulo/1461163391_947399.html>
- RUTENBERG, Jim, «Yes, the News Can Survive the Newspaper», en *The New York Times*, 4 septiembre 2016 <http://www.nytimes.com/2016/09/05/business/yes-the-news-can-survive-the-newspaper.html?_r=0>
- UNESCO, *Reading in the mobile era: A study of mobile reading in developing countries*, París, 2014 <<http://www.unesco.org/new/en/unesco/themes/icts/m4ed/mobile-reading/reading-in-the-mobile-era/>>

Servicios web/móvil mencionados

AMAZON, <<https://www.amazon.es/>>

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES, <<http://www.cervantesvirtual.com/>>

CALIBRE, <<http://calibre-ebook.com/>>

FACEBOOK, <<https://www.facebook.com/>>

GOOGLE LIBROS, <<https://books.google.es/>>

INSTAPAPER, <<https://www.instapaper.com/>>

INTERNET ARCHIVE, <<https://archive.org/details/texts>>

KIOSKO Y +, <<https://www.kioskoymas.com/inicio>>

TWITTER, <<https://twitter.com/>>

UNILIBER, <<http://www.uniliber.com/>>

24SYMBOLS, <<https://www.24symbols.com/?locale=es>>